10300

JUAN GÓMEZ RENOVALES

EL SOBRINO DEL TUTOR

COMEDIA

en un acto y en prosa, original

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12
1905

13

EL SOBRINO DEL TUTOR

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL SOBRINO DEL TUTOR

COMEDIA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

JUAN GÓMEZ RENOVALES

LC

Estrenado en el TEATRO DE LA PRINCESA el 30 de Marzo de 1905

MADRID

S. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1905

A los intérpretes de esta comedia mis amigos y compañeros de arte,

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MATILDE	SRTA. COTERA.
DOÑA JESUSA	SRA. CASADO.
ROSA	SRTA. TOURIÑO.
CARLOS	SR. MONTAGUD.
PAQUITO	AGUIRRE.
DON NICOLÁS	RENOVALES.

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO ÚNICO

Sala elegantemente amueblada. Puertas laterales y en el fondo; balcón á la derecha en segundo término

ESCENA PRIMERA

DOÑA JESUSA y DON NICOLÁS. Al levantarse el telón está doña Jesusa en pie leyendo una carta, y don Nicolás sentado en una butaca, viendo cómo sube el humo del cigarro que fumará

JES. (Concluye de leer y se queda mirando á don Nicolás.) ¿Y tú qué opinas de esto, vamos á ver?

NIC. ¿De qué?

JES. (Agitando la carta.) De esto.

NIC. ¡Ah! ¿de eso? Pues que es una carta.

JES. ¿Sí, eh? ¡Qué gracioso! ¿Te crees que estoy para bromas?

NIC. ¿Yo? ¡Qué disparate!

JES. Bueno; pues dime qué opinas de esta carta. De su contenido.

NIC. ¿De su contenido, eh? (Mira la carta un momento.) Pues nada.

JES. ¿Nada?

NIC. Nada. ¿Cómo quieres que te diga lo que opino del contenido de esa carta si no la conozco?

JES. ¡Calla, pues es verdad que no la has leído! Toma. (Le da la carta.) Es de nuestro sobrino Paquito.

613171

NIC. ¡Gracias á Dios que nos entendemos! (Leyendo.) «Mis queridísimos tíos: Ustedes supondrán, sin duda, que los he olvidado, pues son ya cuatro meses los que hace que no les escribo; pero no es así, yo nunca dejo de acordarme de unos tíos como ustedes son.» (Deja de leer.) ¡Oye, oye! ¿No te parece que nos insulta?

JES. Vamos, no seas majadero, sigue.

NIC. Qué, ¿no nos damos por ofendidos?

JES ¡Qué posma!

NIC. No te enfades, mujer; seguiré; yo había creído... A ver por dónde iba... ¡Ah! Aquí. (Leyendo.) «Unos tíos como ustedes son, tan buenos para toda la familia...» (Deja de leer.) ¡Un... malo! (Movimiento de impaciencia en doña Jesusa, él lo ve y sigue leyendo apresuradamente.) «familia. Son otras causas, tíos; ¡otras causas muy graves las que me han hecho que no les escrriba!; pero estas no se las diré á ustedes hasta mañana, que se las manifestaré de palabra, pues salgo esta madrugada para Madrid. Unicamente una cosa les voy á decir, y es que ya no estudio para militar.» (Deja de leer.) ¡Caramba! (Sigue leyendo con interés.) «Y en fin, mañana hablaremos. Un abrazo, etc., etc.» (Se quedan mirando un momento.)

JES. ¿Y ahora me dirás lo que opinas?

NIC. Ahora, sigo lo mismo que antes.

JES. ¿Cómo?

NIC. Sin opinar nada.

JES. ¿Pero no sospechas lo que puede haber ocurrido para haber dejado la carrera? (Don Nicolás sigue fumando tranquilamente.) Y tiene que haber sido algo grave por fuerza.

NIC. Sí, sí.

JES. Es claro. Como nosotros somos las únicas personas de la familia que podemos interesarnos y hacer algo por él, pues (el pobre) acude á nosotros, y hace bien, porque si es verdad que no puede seguir estudiando, lo único que no le costaba nada por ser huérfano de militar, somos los obligados á bus-

carle donde se gane la vida, aunque sea á costa de grandes sacrificios, pues por más que ya hace cuatro años que no le veo, le quiero como antes, igual que un hijo.

NIC. Pero oye, ¿tú sabes cómo se quiere á un hijo?

JES. No, pero me lo figuro.

NIC. Eso ya es otra cosa, me habías asustado, como nunca fuí padre...

JES. Lo primero es buscarle dónde ha de hospedarse, y en seguida, pues si salió esta madrugada de Toledo, debe llegar aquí en el tren de las doce.

NIC. ¿Y por qué no le alojamos en casa?

JES. ¡Quita allá! ¿Qué se diría con una señorita de dieciocho años?

NIC. Tienes razón, no había caído.

JES. Y á propósito. Matilde tiene ya edad de casarse, y el mejor día se nos enamora, y eso... eso sí que sería un conflicto.

NIC. (Tirando el cigarro y levantándose de pronto.) ¡Cuerno, eso sí que no!

JES Pues es lo más probable.

NIC. Es que entonces, ¿qué iba á ser de nosotros?

JES. Pues eso es lo que hay que evitar; porque ya sabes que una de las condiciones de nuestra tutoría es que no nos podemos oponer á que la niña se case cuándo y con quien quiera, y ella lo sabe, y por cierto que ahora estoy escamada, pues me ha parecido ver hace unos días que hay quien ronda la calle, y si ella se apercibe, como no ha tenido nunca novio, lo posible es que al primero que le diga algo... nada, hay que evitarlo á toda costa.

NIC. ¿Y cómo?

JES. Pues muy sencillo.

NIC. ¿Qué dices?

JES Sencillísimo.

NIC. A ver, explícate.

JES. Verás. Nuestro sobrino Paquito es guapo.

NIC. (Con gesto de duda.) Sí...

JES. (Afirmando con energía.) Es guapo.

NIC. (Conformándose.) Bueno.

JES. Llega hoy, le hace el amor á la niña, ella se enamora de él, los casamos, y ya tiene nuestro sobrino una posición brillante

NIC. (Siguiendo el pensamiento de ella.) Y nosotros seguimos disfrutando de las rentas de ella. ¡Qué mujer tengo con tanto talento! Dame un abrazo. (Va hacia ella que le da un empellón.)

JES. Vamos, quita de ahí, mastuerzo.

NIC. Para una vez que se siente uno cariñoso... ¡Oh mujeres!

JES. Hacia aquí viene Matilde.

ESCENA II

DICHOS, MATILDE primera izquierda, en traje de mañana, bastante elegante

MAT. (Con frialdad.) Buenos días. (Sentándose en una butaca.)

NIC. Muy buenos los tenga mi querida niña.

JES. Hola, Matildita. (Muy cariñosos los dos.)

NIC. (Aparte á doña Jesusa.) ¿No te parece que está muy seria?

JES. (Idem á don Nicolás.) No, como siempre; ya sabes que aunque trata de disimularlo no nos tiene gran voluntad. (Matilde reclina la cabeza en el respaldo de la butaca, queda muy pensativa, y golpea en el suelo con el pie.)

NIC. (Aparte á doña Jesusa.) Sin embargo, me parece... ¿estará mala?

JES. (Aparte.) No, ahora verás. (Alto.) Matilde.

MAT. (Sin moverse.) ¿Qué?

JES. ¿Estás mala?

MAT. No.

JES. Me pareció que estabas nerviosa.

MAT. (Se levanta.) Sin duda su *excesivo* celo hacia mí le hace ver peligros que no existen. Estoy bien, no se preocupen. (Aparte.) ¡Hipócrita! (Se dirige hacia el balcón y mira por los cristales.)

NIC. (Aparte á doña Jesusa.) ¡Hum... malo... malo, muy malo!

JES. (Idem á don Nicolás.) Déjala, ya verás cómo Pa-

quito la cura. (Doña Jesusa coge un periódico que habrá en el velador y lee para sí.)

MAT. (Junto al balcón.) ¡Muy hermoso día!

JES. A ver si aquí encuentro... (Buscando en el periódico.)

MAT. Don Nicolás.

NIC. ¿Qué, hija mía?

MAT. ¿Podría usted acompañarme á dar un paseo ahora, antes de comer?

NIC. (Con marcado servilismo.) Ya sabes, niña mía, que estoy siempre á tus órdenes.

MAT. Gracias. Entonces voy á arreglarme.

JES. (Dejando de leer.) ¿Qué, qué decíais?

MAT. Que don Nicolás va á hacer el favor...

NIC. (Interrumpiéndola.) Va á tener el honor de acompañarla a dar un paseíto antes de la hora de la comida.

MAT. Eso es.

JES. Pero, hombre, ¿estás en tu juicio?

MAT. ¿Eh?

JES. ¿No sabes que tienes que hacer?

NIC. Es verdad.

MAT. (A don Nicolás.) ¿Qué, no puede usted acompañarme? (Disgustada.)

NIC. No, hija, ya sabes cuán grande es mi sentimiento, pero tengo que hacer, y no me acordaba.

MAT. ¡Qué fastidio! (Aparte.) Ella había de ser.

JES. No te disgustes; si tienes tanto interés en salir, como ni este ni yo podemos acompañarte en todo el día, mandaremos un aviso á tu amiga Antoñita, y sales con ella; por más que á mí ya sabes que no me agrada que vayas con nadie sin mí, pero por darte gusto...

MAT. No, si me da igual. (Muy disgustada. Aparte.) ¡Qué ganas tengo de salir de su lado! (Vuelve al balcón.)

JES. (Aparte.) Si no fuera por su dinero...

NIC. (Aparte á doña Jesusa.) Bueno, ¿qué hago yo?

JES. (Sigue en su meditación sin hacer caso á don Nicolás.) ¡El maldito!...

NIC. (Admirado.) ¿Cómo, quieres que haga el maldito yo?

JES. (Que ha vuelto de su meditación al oir las últimas palalabras de don Nicolás.) ¡Imbécil, me refiero al dinero!

NIC. ¡Ah! Como te pregunto qué hago y me respondes...

JES. Bueno, basta. Entérate bien de lo que voy á decirte. Vas donde dice este anuncio. (Indica el periódico que tendrá aun en la mano.)

NIC. Chorizos de Cantimpalos.

JES. No, hombre, más abajo.

NIC. ¡Ah, sí!

JES. Y ajustas un cuarto, pero sólo para dormir, porque comer, comerá en casa. Después te vas á la estación á esperarle, dejais las maletas en el cuarto que hayas tomado y en seguida os venís aquí.

NIC. Está bien.

JES. Haber si haces alguna tontería.

NIC. ¿Yo? Parece que no me conoces.

JES. Precisamente lo digo porque te conozco.

NIC. (Llamando.) ¡Rosa! ¡Rosa! ¿Pero dónde estará esa chica? ¡Rosaaa!

ESCENA III

DICHOS y ROSA

ROSA ¿Qué quiere usted, señor?

NIC. El abrigo y el sombrero.

ROSA En seguida. (Entra en la primera derecha y vuelve cuando el diálogo lo indica.)

MAT. (Aparte.) Yo no quiero vivir así. (Sentándose en una butaca.)

JES. (Aparte á don Nicolás.) Que no te entretengas en ninguna parte, que es tarde.

NIC. (Con paciencia.) Pierde cuidado.

MAT. (Aparte.) ¡Qué aburrimiento!

ROSA (Saliendo con las prendas que indica.) El gabán y el sombrero.

NIC. Muy bien. (Toma el sombrero y se lo pone.) Ahora, si quieres ayudarme á poner el abrigo... (Aparte á Rosa.) ¡Preciosa! ¡Ay!

ROSA (Sin hacer caso del piropo le ayuda.) Ya está. (Vase.)

NIC. Bueno, pues si no quieren ustedes nada más, hasta luego. (Vase.)

ESCENA IV

DOÑA JESUSA y MATILDE

MAT. (Aparte.) Decididamente salgo con mi amiga, aunque no sea más que por molestar á esta vieja antipática. (Alto.) ¡Rosa!

JES. ¿Quieres algo? (Muy solícita)

MAT. Sí, que vaya á casa de Antoñita, quiero salir con ella.

JES. Bueno, si es tu deseo. ¡Rosa! Si ¡vieras cuánto siento no salir contigo!

MAT. (Aparte.) Pues yo no.

JES. (Como hablando consigo misma.) Pero no es justo que me vaya, sabiendo que ha de venir.

MAT. (Con extrañeza.) ¿Quién?

JES. Pues es verdad que no te lo hemos dicho. ¿Tú me habrás oído hablar un millón de veces de mi sobrino Paquito?

MAT. Sí.

JES. Pues llega esta tarde á Madrid; á eso ha ido Nicolás, á esperarle, y por lo tanto, vendrá en seguida á verme, y por eso me parece mal no estar en casa hoy.

MAT. Es claro.

JES. ¿Tú no viste nunca á mi sobrino?

MAT. (Con indiferencia.) No.

JES. Pues ya verás, ya verás qué chico tan guapo, tan fino, tan elegante.

MAT. ¿Sí? (Aparte.) No se parece á tí.

JES. ¡Oh! y tiene una conversación distinguidísima.

MAT. (Con interés.) ¿Y viene esta tarde?

JES. ¡Y un modo de andar!...

MAT. (Impaciente.) Pero, ¿es hoy cuando llega?

JES. (Haciéndose de nuevas.) ¿Qué, decías algo?

MAT. Sí; decía que si era hoy cuando llegaba su sobrino.

JES. Dentro de un momento debe venir.

MAT. ¡Ah! (Aparte.) Me alegro, así tendré con quién distraerme.

JES. (Aparte.) Ya parece que está interesada. (Alto.) Pero, ahora que caigo, ¿qué hace esa chica que no viene? Voy á ver...

MAT. No... no se moleste.

JES. ¿Pero no la mandas á casa de...?

MAT. No.. Si es que no quiero salir hoy.

JES. ¿Pues no decías...?

MAT. Sí. . Pero... como á usted no le agrada y... además que... (Sin saber lo que dice.) es tan antipática esa Antoñita.

JES. ¿Antipática? Pues siempre te he oído decir lo contrario.

MAT. (Con coraje.) Bueno, pues ahora no me gusta, y no quiero salir con ella.

JES. Vaya, mujer, no te enfades, haz lo que quieras.

MAT. Si es que se pone usted más pesada... (Vase primera izquierda.)

JES. (Viéndola irse, aparte.) Sobrina mía serás. (Vase primera derecha.)

ESCENA V

ROSA, sola

(Entra sigilosamente con una carta en la mano.) ¿Estará sola la señorita? Esa maldita vieja no la deja un momento; una hora lleva en mi poder esta carta y no he podido aún entregársela. ¡Y qué guapo es el señorito que me la dió! Se acerca y me dice: «Oye, preciosa, ¿quieres hacerme un favor? Yo te haré luego los que tú quieras.» Saca esta carta y este duro y dice: «Esta se la das á tu señorita, y éste para tí por si algo te hace falta.» ¿Qué iba yo á hacer? ¡Ay! Dí un suspiro, tomé el duro y la carta, prometiéndole que la entregaría en seguida, y aquí estoy sin haber podido cumplir mi promesa por culpa de esa maldita bruja; porque es mala, á mí no me engaña, ló que aquí quieren los viejos es

vivir á costa de los cuartos de la señorita, y y por eso no la dejan sola ni un momento, porque temen que se eche un novio, se case y se queden ellos á la luna de Valencia; pero como yo pueda hacer algo porque el señorito de esta carta consiga que la señorita lo quiera, entonces esos carcamales van á rabiar de lo lindo. En fin, voy á ver si está sola (Se dirige á la habitación de Matilde en el momento que sale doña Jesusa y la detiene. Rosa guarda precipitadamente la carta.)

ESCENA VI

DICHA y DOÑA JESUSA

JES. Rosa...

ROSA ¡Ah, la señora!

JES. ¿Estás aquí? Me alegro; ahora iba á buscarte.

ROSA (Aparte.) ¿A que no voy á poder dársela?

JES. Pon atención á lo que te voy á decir.

ROSA Soy toda oídos.

JES. Dentro de pocos momentos vendrá un sobrino mío, futuro espeso de la señorita, y como ha de comer aquí, es preciso se lo avises á la cocinera, y tú ya sabes, pones un cubierto más en la mesa, ¿te has enterado?

ROSA Sí señora. ¿Pero es verdad que se casa la señorita? (Muy asombrada.)

JES. Claro que es verdad.

ROSA Como nunca oí hablar de que tuviera novio...

JES. Bueno, es que ella no lo sabía tampoco, como que aún no le conoce, pero eso es lo de menos.

ROSA (Aparte.) Anda, pues no dice que lo de menos es conocer al novio.

JES. Y además, estas son cosas que á tí no te importan.

ROSA Sí señora, pero es que yo...

JES. Basta, vete á cumplir mis órdenes.

ROSA Voy en seguida (Aparte.) á mí me huele esto mal, yo se lo digo todo al señorito de la carta. (Vase.)

ESCENA VII

DOÑA JESUSA, después DON NICOLÁS y PAQUITO. Este personaje será ridículo pero sin exageración, y además cojo, pero con un cojera que se le note sólo al andar, pues ni sentado ni de pie quieto, deberá conocérsele

JES. Ya lo tengo todo arreglado, y espero que mi plan se lleve á efecto y se llevará, ¡ya lo creo que se llevará! Lo que me preocupa es el por qué habrá tenido que dejar mi sobrino la carrera; es raro; pero en fin no creo que sea esta cuestión de no poder hacerse la boda. ¡Oh! No. La boda se hará; lo único que hay que hacer es obrar con mucho talento, y eso no me falta. (Se oye la voz de don Nicolás.)

NIC. (Dentro.) Pasa adelante, pasa.

JES. Ya están ahí. (Se dirige hacia el foro; en este momento aparecen don Nicolás y Paquito.)

NIC. (A Paquito.) Ahí tienes á tu tía.

PAQ. ¡Tía!

JES. Sobrino de mi alma. (Se abrazan.)

NIC. Vaya, ya lo tienes ahí.

JES. (Separándolo para verlo mejor.) Oye qué guapo.

PAQ. Jé... jé... regular, regular.

JES. Sí señor, más guapo, más alto, y tu poquito de bigote.

PAQ. Sí... sí...

JES. Pero ven acá y siéntate, que seguramente estarás cansado del viaje. (Medio abrazados adelantan al proscenio y Paco se sienta.)

PAQ. Algo... algo...

NIC. (Aparte.) Este chico parece un reloj de repetición. (Alto.) Bueno pues ya que estáis juntos, os dejo, que tengo que ir á recoger el equipaje de éste.

JES. Bien, pero no tardes mucho que quizás te necesite.

NIC. Es cuestión de un momento. (A Jesusa.) Vaya, adiós, buen mozo, y no te preocupes, que

eso no es nada, y puede que se arregle todavía.

JES. ¿Qué?

PAQ. (Muy compungido.) ¡Ay no, ya no tiene remedio!

NIC. ¡Bah, no seas tonto! ¡Ea, hasta luego!

PAQ. Adiós, tío. (Vase don Nicolás.)

ESCENA VIII

DOÑA JESUSA y PAQUITO, sentados

JES. Oye, oye. ¿Que es eso que no tiene ya remedio? ¿De que tienes tu que preocuparte?... Vamos, habla.

PAQ. (Llorando muy ruidosamente.) Tía, soy muy desgraciado.

JES. ¡Pero muchacho!

PAQ. Sí señora, mucho, muy desgraciado, mucho, mu... chí... si... mo... ¡jí... jí!... (Llorando.)

JES. Vamos, cálmate. ¿Qué es ello?

PAQ. Que no, que no me calmo.. ¡jí.. jí...! (Más fuerte.)

JES. Calla, hombre, que te va á oir ella.

PAQ. (Dejando de llorar repentinamente.) ¿Quién?

JES. Ella, Matilde Durand. ¿No sabes que estamos ejerciendo de tutores desde hace tres años que se quedó huérfana del todo? Te lo dijimos en una carta.

PAQ. Si tía, pero, ¿está ahí?

JES. Es claro.

PAQ. ¿Me habrá oído llorar?

JES. No sé, pero para eso te lo advierto.

PAQ. No, no, es que yo no quiero que me haya oído.

JES. Bueno hombre, no, si no te habrá oído. (Aparte.) Está algo exaltado. (Alto.) Pero vamos á ver, cuéntame tus penas, pero sin aflijirte demasiado que en este mundo todo tiene remedio.

PAQ. Lo mío no. ¿Sabe usted á qué he venido á Madrid? A suicidarme. (Con decisión cómica.)

JES ¿Eh?

PAQ. A tirarme por el Viaducto, porque es el único remedio que tengo.

JES. Vamos, tú no estás en tu juicio.

PAQ. Le digo á usted que por el Viaducto. ¿Cree usted que no tengo motivos; tener que renunciar á las estrellas cuando me faltaba tan poquito, tan poquito para alcanzarlas?

JES. ¡Ah! ¿Es eso lo que te aflije? ¡Acabáramos! Yo creía que era algo más grave; eso se arreglará, pues seguramente tu salida de la Academia es por alguna calaverada que habrás hecho. Si desde pequeñito fuiste un pillín! Nada, un poco de influencia, y ya tienes estrellas, galones y...

PAQ Que no, que no puede ser. (Se levanta y da unos pasos por la escena.) Fíjese bien.

JES. ¿Qué es eso, cojeas? (Alarmada.)

PAQ Sí, cojeo, y cojearé siempre.

JES. ¡Jesús qué desgracia! ¿Pero desde cuándo? ¿Cómo ha podido ser?

PAQ ¿Desde cuándo? Hace dos meses. ¿Cómo ha podido ser? Oígame usted. (Se sienta.) Era un domingo y yo estaba como otros muchachos en la puerta de la Catedral viendo salir la gente de misa, porque eso sí, yo soy muy calaverón... ¡je... je!... (Ríe.) Bueno, pues cuando me disponía á marchar creyendo que no quedaba nadie dentro, veo que sale la Virgen del Carmen.

JES ¿Había procesión?

PAQ. No, era una mujer, pero tan bonita como la misma Virgen.

JES. ¡Ya!

PAQ. ¡Ay! (Da un grito y se levanta.)

JES. (Asustada.) ¿Qué es eso?

PAQ. Dí un grito de admiración al verla; ¡qué ojos, qué boca, qué!...

JES. Déjate de simplezas y sigue. (Impaciente.)

PAQ. Eso mismo me decía una voz interior: «sigue, sigue» y yo la seguí; se paró, me paré, (Todo esto reproduciendo la escena) vuelve á andar, yo también, y entonces ¡ay! tía lo que siento, ¡qué cosquillas; qué saltos aquí, (En el

corazón.) qué cosas aquí, (En la cabeza.) y de aquí no paso! (Se queda parado.)

JES ¿Pero qué, ya no me cuentas más?

PAQ. (Sin atenderla sigue su narración.) Yo se lo digo todo, todo lo que siento, me acerco, cruzo las manos y entonces sí que sentí...

JES ¡Qué posma!

PAQ. (Transición.) Sentí un porrazo tal en esta pierna, que caí al suelo dando otro grito; miro, y ¿á quién dirá usted que ví? á San Miguel Arcangel con la cara del primer teniente de mi compañía, y la espada enarbolada como dispuesto á seguir dándome sablazos; afortunadamente le detienen, y yo del dolor tan fuerte, pierdo el conocimiento. En una camilla fuí llevado á la Academia y allí en la cama he estado dos meses, siendo un milagro que no me hayan cortado la pierna; tan fuerte fué el golpe.

JES. ¡Jesús qué desgracia! ¿Y el criminal?

PAQ. El criminal, era el novio de la niña, y sobrino de un general; así es que nada le ha pasado, pero no crea usted que se va á quedar riendo, porque en cuanto yo me suicide y remedie mi desesperación, le mato.

JES. No digas tonterías.

PAQ. ¿Tonterías, eh? Su sentencia está firmada; he dicho que lo mato, lo mato y lo mato; deje usted que me tire al Viaducto.

JES. No seas loco. ¿Cómo vas a matar a nadie si te matas tú primero?

PAQ. ¡Calla, pues es verdad! Lo mataré antes.

JES. ¿Qué vas á matar tú?

PAQ. Que sí, que sí y que sí.

JES. Que no, que no y que no. Lo que vas á hacer es buscar un medio de que no se te conozca la cojera, porque si no, no te va á querer.

PAQ. ¿Quién?

JES. Ella, que te cree tan elegante, y con un andar tan distinguido.

PAQ. No, pues en eso no se equivoca, porque bien me distingo.

JES. Y no hay más remedio que arreglarlo, porque la boda se tiene que hacer.

PAQ. ¿Quién, yo, yo de boda, explíquese usted?

JES. Escucha. La señorita de Durand tiene ochenta mil duros.

PAQ. ¡Caspitina!

JES. Y habíamos pensado casarla contigo.

PAQ. (Contentísimo.) Muy bien, ¡bravo!

JES. Sí, muy bien, pero ¿y si no te quiere cojo, que es lo probable?

PAQ. Es verdad. (Desesperado.) ¡Jesús y Jesús!

JES. Si encontráramos un medio de que no tuviese la cojera hasta después de casado, sería nuestra salvación. (Pensativa.)

PAQ. Es imposible. (Pasea desesperado por toda la escena haciendo resaltar su cojera.)

JES. Siéntate. (Lo mira un rato.) Muy bien. Ahora levántate. (Se levanta.) Quieto así... Admirable... ¡Nos hemos salvado!

PAQ. ¿Cómo?

JES. ¡Chis. calla, me parece que oigo pasos; vamos á mi cuarto y allí te explicaré... no es conveniente que te vea la niña, hasta que sepas y ensayes mi proyecto; ven. (Se dirige segunda izquierda.)

PAQ. ¿Qué pensará hacer para que no se me conozca la cojera? (Vanse juntos.)

ESCENA IX

ROSA y CARLOS entrando con sigilo

ROSA Puede usted pasar, ahora no hay nadie.

CAR. Gracias, vales mucho, y en pago, toma. (La da un abrazo.)

ROSA ¡Pero señorito!

CAR. Calla, tonta, es para que veas que soy agradecido.

ROSA Usted se ha empeñado en comprometerme.

CAR. Sí, buena Rosa, pero yo te recompensaré largamente. (Otro abrazo.)

ROSA Pero que perdemos el tiempo, señorito.

CAR. ¡Ca, no lo creas! (Abrazo.) pero tienes razón, vamos al asunto. Dices que quieren casar á tu señorita con uno á quien no conoce, el

cual es sobrino de sus tutores, sin duda con la idea de no perder la renta de ella.

ROSA Eso creo yo.

CAR. ¿Y dices que el tal sobrino llegará de un momento á otro?

ROSA Así me lo ha dicho doña Jesusa.

CAR Bueno. ¿Y tú tienes completa seguridad de que tu señorita no me ha visto nunca?

ROSA Sí, señor; como hace tan poco tiempo que la pretende usted y ahora con el frío, ella nunca se asoma al balcón, y además que me lo hubiera dicho, porque me cuenta todos sus secretos.

CAR. Entonces... (Pensativo.) Se me ocurre una idea magnífica.

ROSA ¿Sí?

CAR. ¡Excelente! Ahora verás. Vas á avisar á tu señorita, diciéndola que aquí está el sobrino de doña Jesusa.

ROSA ¿Pero qué intenta usted?

CAR. Tú te callas y haz lo que te mando.

ROSA ¿Y si sale la señora?

CAR. No pasa nada, porque tú te pondrás en acecho, y me avisarás con tiempo de poder escapar.

ROSA Bien, haré lo que usted quiera, después de todo yo me muero por estos belenes.

CAR. ¡Si eres más buena! (Va á abrazarla y ella escapa.)

ROSA Espere usted un momento (Intencionadamente.) que ahora sale la señorita. (Vase.)

ESCENA X

CARLOS solo, después ROSA y MATILDE

CAR. Pues señor, heme aquí metido en un lío, del cual no sé como saldré; pero ante todo hay que evitar á todo trance que esa niña, de quien por primera vez en mi vida me he enamorado de veras, caiga en las redes de esos viejos, que después ya veré yo el medio de arreglarlo. Hacia aquí viene.

MAT. ¡Caballero!

CAR. ¡Señorita! (Aparte.) ¡Qué divina!

ROSA (Aparte.) Me voy al acecho. Ya veremos en qué para esto. (Vase primera derecha.)

MAT. Según me anunció Rosa, es usted el sobrino tan querido de doña Jesusa.

CAR. Sí, señorita, al que puede usted contar desde hoy como su más ferviente admirador.

MAT. ¡Oh, muchas gracias, es usted muy amable (Aparte.) y muy simpático! (Alto.) ¿Pero cómo es que no está aquí su tía? ¿No la ha visto usted aún?

CAR. Sí, sí la he visto, es que acaba de salir á un encarguito, precisamente mío.

MAT. No me había dicho nada Rosa. ¿Pero qué hacemos de pie? ¡Oh que distraída! Siéntese usted. (Matilde se sienta en una butaca y le indica á él otra enfrente de ella.)

CAR. No se moleste, estoy bien de cualquier modo en viéndola á usted.

MAT. Su galantería es excesiva. (Vuelve á indicarle el asiento.)

CAR. Obedezco. (Se sienta, pero no donde ella le indica, sino en una silla volante que colocará junto á ella. Pausa.)

MAT. ¿Conque ha llegado usted ahora?

CAR. Sí, señorita; y crea usted que lo siento.

MAT. ¿Cómo? (Extrañada.)

CAR. Sí, porque debí de llegar antes, y llevaría más tiempo contemplando ese rostro tan hechicero. (Muy apasionado.)

MAT. (Con coquetería.) ¡Oh, eso es ya demasiado!

CAR. (Suspirando.) ¡Qué feliz debe ser el hombre que usted quiera!

MAT. Ni feliz, ni desgraciado, no quiero á ninguno.

CAR. ¡Qué dicha tan grande si eso fuera cierto!

MAT. ¿Por qué?

CAR. ¿Por qué? (Aparte.) Hay que aprovechar el tiempo (Alto.) Porque entonces podría caber en mí la esperanza de obtener su cariño algún día.

MAT. Caballero, cualquiera diría que me hacía usted una declaración amorosa.

CAR. ¿Y cree usted que se engañaba?

MAT. (Entre halagada y ofendida.) No, y pienso que ó es usted muy bromista, ó que va usted muy ligero.

CAR. (Aparte.) Como que tengo una prisa atroz. (Alto.) No, señorita, ni lo uno ni lo otro; es que verdaderamente la adoro, pues ha tenido usted la habilidad en un momento de conseguir lo que nadie hasta ahora: que mi corazón se le rinda. (Aparte.) Esto es al vapor; (Alto.) que por una mirada de sus ojos sea yo capaz...

MAT. Basta, si no muda usted de conversación será imposible que nos entendamos.

CAR. Usted perdone, pero creo que como no nos entenderemos nunca, será no hablando de ello, y además, que yo no sé decirla á usted si no que es muy bonita, que me tiene usted loco, y que hago una atrocidad si usted no me quiere. (Matilde se levanta.)

MAT. Rosa... Rosa...

CAR. ¡Por favor!...

MAT. Rosa...

ROSA (Saliendo.) Señorita.

MAT. Acompaña á este señor al despacho de don Nicolás. (A Carlos.) Allí podrá usted distraerse, hasta que vengan sus tíos; hay libros, y en cuanto á mí, perdone que no le acompañe más, pero tengo que hacer; ya tendremos ocasión de hablar otro rato, pues visitará á sus tíos con frecuencia.

CAR. ¿Pero me deja usted así? (Suplicante.)

MAT. Sin hacer caso.) He tenido tanto gusto... (Le da la mano.)

CAR. (Teniendo la mano de Matilde entre las suyas.) ¡Una esperanza, por pequeña que sea!

MAT. (Con intención, sin poder contenerse.) Adiós, creo que seremos buenos amigos. (Saluda y vase. Aparte al irse.) Me gusta mucho, pero mucho.

ESCENA XI

CARLOS y ROSA. Después DON NICOLÁS

CAR. (Contemplando la puerta por donde Matilde ha salido, y hablando consigo mismo.) ¡Buenos amigos! .. ¿Qué entenderá por buenos amigos?

ROSA Señorito.

CAR. ¿Eh? .. ¿Estabas ahí?

ROSA Que sea enhorabuena: lo he oído todo.

CAR. ¿Y me das la enhorabuena?

ROSA Naturalmente, como que ha flechado usted á la señorita.

CAR. ¿Pero qué dices, muchacha, si lo único que me ha dicho al marcharse es que seremos buenos amigos?

ROSA Pues ya ve usted.

CAR. ¿Y eso es que la he flechado?

ROSA Naturalmente; es claro, como usted no conoce el genio de ella... Mire usted, si en vez de gustarle le es usted antipático, no habla con ella ni dos minutos, la conozco bien.

CAR. (Muy contento.) ¿Pero será verdad?

ROSA ¡Ya lo creo!

CAR. ¡Ay qué alegría! (La abraza.)

ROSA ¿Pero va usted á empezar otra vez? (Rechazándole.)

CAR. Es que cuando pienso que me puede querer tu señorita, no sé lo que me hago; toma: (Abrazo.) y toma. (Le da un duro.)

ROSA (Tomándolo en seguida.) No, no, gracias, pero si se empeña... (Aparte.) Si por cada abrazo me diera un duro. (Alto.) Bueno, pues ahora es necesario que se marche usted, no sea que vengan y...

CAR. Bien, pero dentro de media hora vuelvo, espérame, que traeré una carta para que se la des á la niña en vez de esa otra.

ROSA Está bien, vamos. (Se dirigen al foro y al llegar se vuelven precipitadamente.) Ya no puede ser. (Azorada.) Viene el señor. ¿Qué hacemos?

CAR. Escóndeme.

ROSA Sí. ¿Pero adónde? ¡Ah, aquí, en el balcón, pronto, que viene! (Se mete Carlos.)

CAR. Cierra.

NIC. (Entrando.) Jesús cuánto he corrido; ¿y la señora, bella doméstica? (Cariñoso.)

ROSA En su habitación creo que esté.

NIC. Pues tengo el sentimiento de dejarte; pero antes ven. (La llama con la mano cómicamente.)

ROSA (Acercándose con resignación.) ¿Qué quiere usted?

NIC. ¡Ay, muchas cosas! Primero esto: (La abraza. Rosa le da un empellón y se va hacia el foro, y él vacila entre caerse ó no.) ¡Pérfida! (Vase.)

ROSA ¡El demonio del viejo! No, pues lo que es á ese no le consiento que me abrace; abriré al señorito Carlos á ver si ahora... (Abre el balcón.) Ya puede usted salir.

CAR. ¡Gracias á Dios, que ya iba sintiendo fresco! Vamos, no sea que otra vez..

JES. (Desde dentro.) Rosa.

CAR. ¡Cielos!

ROSA ¡La vieja!

JES. (Voz más cerca.) Rosa...

ROSA Que se acerca. (Abriendo el balcón.) Escóndase.

CAR. No, lo que es ahí no me meto más.

ROSA ¡Por Dios, que me va á comprometer, que viene!

CAR. Deja, aquí detrás de estas cortinas. (Se esconde en segunda izquierda.)

JES. (Saliendo.) Rosa... ¿Pero dónde se mete esa chica?

ESCENA XII

CARLOS, escondido; ROSA, DOÑA JESUSA, PAQUITO y DON NICOLÁS.

ROSA Señora... (Un poco azorada, mirando alguna vez hacia donde está Carlos.)

JES. ¡Ah! estás aquí, te estoy llamando.

ROSA Ya iba, es que estaba en la cocina y...

JES Me parece que andas muy distraída.

ROSA ¿Yo, señora?

JES. ¡Basta!

NIC. Vamos, mujer, déjala, siempre has de reñirla...

JES. Calla tú, majadero.

NIC. (Aparte á Paquito.) ¿Has visto qué geniazo?

JES. (A Rosa.) Ven conmigo, que tengo que darte unas órdenes, y tú (A Paco.) vé con tu tío á vestirte, que no conviene que te vea en esa facha; no tardeis y que no se te olvide la lección.

PAQ. Pierda usted cuidado, tía.

CAR. (Al paño.) Este es mi rival.

ROSA (Aparte.) ¡Vaya un tipo.

NIC. (A Paco.) ¿Vamos?

PAQ. Cuando usted quiera.

NIC. Adiós, *señoras*. (Haciendo una cómica reverencia.)

PAQ. Hasta luego, tía. (Vanse.)

JES. Ese señorito es mi sobrino, futuro esposo de la señorita.

ROSA ¿Es cojo?

JES. Es lo que quiere. Me parece que estás muy preguntona. Desde hoy has de respetarle y obedecerle como á mí. Ahora ven. (Se dirige á su habitacion y Rosa detrás, mirando á donde está Carlos.)

ROSA (Aparte.) ¡Pobre señorito! (Vanse.)

ESCENA XIII

CARLOS, escondido, y MATILDE, por la primera izquierda

CAR. (Sacando la cabeza por entre las cortinas.) Me parece que ya puedo salir. (Al ver á Matilde que sale se esconde rápidamente.) ¡Ah!... Matilde.

MAT. Juraría que había oido hablar á doña Jesusa. ¿Habrá vuelto con el encargo de su sobrino? ¡Su sobrino! La verdad es que es un chico muy guapo y muy simpático.

CAR. (Aparte.) ¿Qué pensará?

MAT. Y sobre todo ¡qué atrevido! Lo cierto es que sin saber por qué, no pienso más que en él, desde que le he visto; como que me gusta mucho, ya lo creo. ¡Qué decidido! Aún no había concluído de saludarme, y ya me hizo

una declaración en toda regla, y gracias que le paré los pies, que si no hasta creo que acabo diciéndole que sí...

CAR. (Aparte.) ¿Deberé presentarme?

MAT. ¿Estará ahí dentro?

CAR. (Aparte.) Parece que acecha. ¿Me buscará?

MAT. No oigo voces de hombre.

CAR. Yo salgo.

MAT. ¿Será verdad que tanto le he gustado? Pero no; qué tonta soy; ¿cómo le iba á entrar un cariño tan fuerte en cinco minutos?.. Entonces se ha burlado de mí. (Con rabia.) ¡Oh, si fuera así!... Pero, ¿por qué se había de burlar? ¿Acaso no valgo yo bastante para inspirar una pasión repentina? (Se dirige á un espejo.) A ver. (Se mira con coquetería y hace algunos movimientos, como recreándose en ella.)

CAR. (Sale muy despacio, y cuando llega donde ella está la dice como respondiendo á su pensamiento.) Muy bonita.

MAT. ¿Eh? (Volviéndose asustada.) ¿Usted? ¡Qué susto!

CAR. ¿Se asusta usted de mí?

MAT. No, pero me creía sola. ¿Dónde estaba usted?

CAR. Allí escondido, la ví llegar y quise contemplarla á mi gusto.

MAT. Merecía usted un castigo ¿Eso es un atrevimiento ó es que se va usted á convertir en mi espía?

CAR. Pues bien, sí, seré su espía, porque yo necesito verla siempre, y si usted cree que debe castigarme, hágalo, que yo besaré las manos que me hieran. (Se las coge y las besa.)

MAT. (Retirando las manos vivamente.) Caballero, me veré precisada á quejarme á sus tíos, si sigue usted así.

CAR. Quien va á quejarse soy yo, que me está usted matando con esos ojos.

MAT. (Aparte.) ¡Ay, si pudiera decir lo que siento!

CAR. Conque tenga usted caridad; Matildita... dígame usted que va á quererme.

MAT. (Aparte.) Si no me voy, se lo digo. (Alto) Pero si no puede ser verdad lo que usted dice, si apenas hace una hora que me conoce.

CAR. (Aparte.) Yo me confieso. (Alto.) No lo crea usted, hace ya muchos días que no pienso más que en usted.

MAT. ¿Cómo, si acaba usted de llegar?

CAR. Se lo explicaré. Yo... (Dispuesto á explicarse.)

MAT. ¡Doña Jesusa!... (Que se supone viene.)

CAR. ¡Fatalidad! Aquí me escondo. (Entre las cortinas.) No quiero me vea hablando con usted.

MAT. (Extrañada.) ¿Por qué?

CAR. Ya se lo diré, pero no me descubra usted, por favor.

MAT. Tiene usted mi palabra.

CAR. Gracias. (Se esconde.)

ESCENA XIV

CARLOS, escondido. MATILDE y DOÑA JESUSA

JES. (Saliendo.) ¡Ah! ¿estas aquí? me alegro, precisamente iba á buscarte en este momento.

MAT. A mí, ¿para qué?

JES. Tengo que hablarte de cosas serias.

MAT. Bueno, usted dirá.

CAR. (Al paño.) ¿Qué embajada será está?

JES. Siéntate. (Lo hacen las dos.)

MAT. Bien, ya escucho.

JES. Hace tres años que tuviste la desgracia de perder á tu pobre padre, quedándote completamente sola en el mundo, y á no ser por mí, que he cuidado de tí como si hubiera sido tu propia madre, sabe Dios á los peligros que te hubieses visto expuesta.

MAT. Sí, señora; (Impaciente.) pero ¿á qué viene?...

JES. Por desgracia voy siendo ya vieja, y puede decirse que tengo un pie en la sepultura, y el día menos pensado puedo morirme, y entonces, ¿quién cuidará de tí?

CAR (Aparte.) Yo.

MAT. Pero, ¿quién piensa en eso? Usted está buena.

JES. Tú tienes ya diez y ocho años, y por lo tanto, hay que pensar en que te cases.

CAR (Aparte.) Ya te entiendo.

JES. Y de este modo se evita el que puedas verte sola en el mundo.

MAT. Pero si no...

JES. Sí, ya sé lo que vas á decirme, que no tienes novio; pero eso no es obstáculo para una muchacha que como tú, reune tantas condiciones buenas, eres bonita...

CAR. (Aparte.) ¡Ya lo creo!

MAT. Gracias.

JES. Tienes una admirable educación, y además eres bastante rica. Con todas estas condiciones, un novio se encuentra pronto.

MAT. (Mirando hacia donde está Carlos.) Lo que es eso no lo dudo.

JES. De modo que ya sabes, en cuanto quieras, puedes casarte sin ningún inconveniente por mi parte.

MAT. Bueno, pues en cuanto me guste alguno, ya me casaré. (Levantándose.)

JES. Ese es mi deseo, dejarte colocada. (Se levanta como dada por terminada la conferencia, y dice como hablando de otra cosa.) ¿Sabes que vino mi sobrino Paco?

MAT. Sí, le he visto ya.

JES. Pues no me había dicho nada.

MAT. (Aparte.) Qué raro.

JES. ¿Y cuándo, si salió con su tío?

MAT. Pues se conoce que le se olvidó algo y volvió.

JES. Eso sería ¿Y qué te pareció?

MAT. Pues... (Aparte.) ¿Qué dirá el, que me está oyendo?

CAR. (Aparte.) Vaya un compromiso.

JES. ¿No has hablado con él?

MAT. Sí, un momento, y me parece que es muy galante.

CAR. (Aparte.) Gracias.

JES. (Aparte.) Esto marcha. (Alto.) ¿Sabes que hoy comerá con nosotros?

MAT. Me alegro.

JES. Mira, un muchacho que te convenía para marido.

MAT. (Sin poder contenerse.) ¡No digo que no!

CAR. (Aparte.) Bendita sea tu boca.

JES. ¡Y qué feliz sería yo viendo que erais di-

chosos... En fin, allá vosotros. (Aparte.) Los caso. (Alto.) Ahora te dejo que tengo que dar algunas órdenes por allá dentro. (Vase)

MAT. (Viendola ir.) Hasta me parece más simpática desde que conozco á su sobrino.

CAR. (Saliendo.) Ya ha visto usted lo que ha dicho mi tía.

MAT. Cosas de las viejas.

CAR. Vamos, no sea usted mala, que me estoy muriendo por esa cara de gloria, (Se arrodilla.) y de aquí no me levanto y estas manos no suelto (Se las coge.) si no me promete que ha de quererme.

MAT. Suelte usted... por compasión.

CAR. Téngala de mí.

MAT. Pero...

CAR. ¿Me va á querer?

MAT. (Aparte.) Ya no puedo más. (Alto.) Yo...

CAR. ¿Qué?...

MAT. Pues bien, sí; levántese.

CAR. ¡Oh, gracias! Qué peso se me ha quitado de encima.

MAT. Pues, ¿y á mí?

CAR. Con que me juras que has de ser mía.

MAT. Sí, lo juro. (Sin poder contenerse, muy apasionada.)

CAR. (Aparte.) Que vengan ahora á quitármela. (Alto) Bueno, adiós, alma mía; dentro de poco volveré, y acuérdate siempre de lo que me has jurado.

MAT. Pero... (Siguiéndole hasta la puerta.)

CAR. Hasta ahora; (Aparte.) gané la partida. (Vase muy satisfecho.)

ESCENA XV

MATILDE sola, y después PAQUITO

MAT. (Bajando al proscenio.) Pero que hombre tan raro; tanto tiempo pidiéndome que le quiera, y cuando consigue lo que desea, se marcha corriendo... Pero, es claro, como que le estaba esperando su tío hace rato... Ya iba á desconfiar... (Se sienta en una butaca.) Parece

mentira, hace unas horas no conocía á Paco y ahora ya estoy enamorada de él como una loca; ya tengo novio y muy buen mozo, ya lo creo... qué envidia me van á tener mis amigas; porque nos casaremos en seguida...

PAQ. (Aparece por el foro con diferente traje que antes.) Ella es.

MAT. ¡Qué feliz soy!

PAQ. Empecemos la lección. (Tararea un vals, y á su compás baja bailando hasta donde está Matilde, quedándose al llegar, parado de pronto.)

MAT. ¡Ay! (Se levanta asustada.)

PAQ. ¿Se ha asustado usted? Si yo lo hubiera sabido... pero es que soy tan afi ionado al baile, que en cuanto veo un poquito de terreno, digo: ahora .. y bailo

MAT. ¿Quién es usted y qué quiere?

PAQ. ¡Ah! Pero, ¿no se lo imagina?

MAT. ¿Por qué me he de imaginar?

PAQ. Creí que tendría noticias de...

MAT. (Muy seria.) De nada.

PAQ. Bueno; pues primero me permitirá usted que me siente. (Lo hace.)

MAT. (Aparte.) ¿Quién será este tipo?

PAQ. Pues yo soy... ¡jé... jé!... Paquito.. ¡Jé... jé!... Paquito.

MAT. (Extrañada.) ¡Eh!

PAQ. Sí, señora; Paquito, el sobrino de sus tutores...

MAT. ¿Qué dice? (Sin darse cuenta.)

PAQ. Y he venido de Toledo hoy... pero, ¡jé, jé!.. no se haga usted la disimulada, si usted lo sabía... pues bien, aquí estoy ya.

MAT. (Aparte.) Pero, ¿qué dice este hombre? No acierto á comprender?...

PAQ. (Aparte.) Mi tía me dijo que había que hacerle el amor en seguida. (Alto.) Matildita...

MAT. (Enfadada.) Caballero. ¿Quién le ha dado permiso para llamarme así. . esa confianza?

PAQ. ¿Pues qué tiene de particular? Entre futuros, por que yo estoy decidido á casarme en seguida; me ha gustado usted extraordinariamente, y además yo ya la conocía.

MAT. ¿Eh?

PAQ. Sí, señora; antes de verla ya la tenía yo aquí (En la cabeza.) y aquí, (En el corazón.) por que mis tíos me la describieron á usted en una carta, y yo, un alma tierna, porque yo tengo un alma muy tierna, tiernísima, me enamoré de usted en seguida, y dije: á Madrid, Paquito, tú no puedes vivir sin ella; cogí el tren y aquí me tiene usted, (Se pone de rodillas.) esperando su sentencia; pero no, no me diga usted nada, (Se vuelve á sentar.) ya sé que soy feliz, lo he leído en su mirada...

MAT. (Conteniéndose.) ¿Con que es usted Paquito?

PAQ. Sí, ya se lo he dicho, Paquito Péréz Pimentón y Pe...

MAT. Basta; no sé cómo he tenido paciencia de oirle tanto tiempo.

PAQ. ¿Qué?

MAT. Usted no es el sobrino de mis tutores; con no sé qué objeto pretende usted burlarse de mí, pero le advierto que no ha conseguido su propósito. Esa es la puerta, puede marcharse inmediatamente y dé usted gracias á que, por evitar un disgusto, no llamo á mi tutor para que sufriera usted su merecido por ese atrevimiento, que no concibo, de presentarse á mí con un nombre que no es el suyo.

PAQ. (Poniéndose de pie.) ¿Qué dice? ¿Que no soy yo?

MAT. He dicho que se marche.

PAQ. Que soy Paquito, que sí... que soy Paquito y no me marcho. (Vuelve á sentarse.)

MAT. Cómo, ¿se niega? (Indignada.) ¡Rosa! ¡Rosa!

ROSA (Saliendo.) Señorita.

MAT. Acompaña á este señor á la puerta, y bajo ningún pretexto vuelvas á dejarle entrar. (Matilde mira despreciativamente á Paquito y vase primera izquierda. Al marcharse Matilde, Rosa y Paquito se quedan mirándose admirados, sin decir nada, hasta que el diálogo lo indique. Por el foro don Nicolás.)

ESCENA XVI

PAQUITO, ROSA y DON NICOLÁS, que entra muy contento

NIC. Vamos, niños, á comer. (Fijándose en ellos.) ¡Eh! ¿Pero qué es eso? Pareceis dos palominos atontados.

PAQ. ¿Que no soy Paquito? (Muy enfadado.)

NIC. ¿Qué os pasa?

ROSA ¡Ah, señor!

NIC. ¿No estaba aquí la señorita?

ROSA (Muy distraída.) Sí estaba.

PAQ. ¡Que no soy Paquito! (Se pasea muy furioso.)

NIC. ¿Pero qué dices tú, muchacho?

PAQ. ¿Qué? Estoy muy enfadado. (Sin dejar de pasear.)

NIC. Vamos á ver. (A Rosa.) ¿Qué ha pasado? ¿Qué hacías tú aquí?

ROSA Yo, nada. (Como escuchando.) ¿Eh?... Usted dispense, creo que me llama la señora. (Vase.)

NIC. (Viéndola marchar.) ¡Bueno! Vamos á ver, tú, explícame...

PAQ. Pero muy enfadado, tío, muy enfadado. (Da media vuelta y se va por la primera derecha diciendo:) Que yo no me llamo. .

NIC. Anda, este también se va; pero, señor, ¿qué sucederá? Yo voy á contárselo á mi mujer. Que no me llamo Paquito. Ya me contagiaron. (Vase por el foro.)

ESCENA XVII

ROSA sola, sale sigilosamente y se dirige al balcón

ROSA ¿Estará ya el señorito Carlos con la carta? A ver si ya está ahí. (Abre el balcón, como hablando con alguien que está fuera.) Sí, bueno, ya bajo. (Cierra.) Pues señor, yo no sé lo que va á pasar aquí; ahora voy á contarle al señorito todo lo de antes. (Vase.)

ESCENA XVIII

MATILDE y después DOÑA JESUSA y PAQUITO

MAT. (Asoma primero la cabeza y mira.) A ver... ya se ha marchado. (Sale.) Vaya un ente raro. ¿Y qué idea se llevaría con pasar por Paco? No sé, y el caso es que parece tonto. En fin, para qué me voy á calentar la cabeza; pensaré en él, en mi novio; ¡y cuánto tarda, ya es la hora de comer y...!

JES. (Entrando por el foro.) ¡Matilde!

MAT. ¿Eh?

JES. ¿Y mi sobrino?

MAT. ¿Qué, no ha venido aún? (Con marcado interés.)

JES. ¿Cómo que si no ha venido, pues no estaba aquí hace un momento hablando contigo? Me lo dijo Rosa.

MAT. (Aparte.) Habladora.

JES. Por cierto que no sé qué me ha dicho Nicolás de si estaba disgustado...

MAT. No sé...

JES. Por aquí viene.

MAT. ¿Sí? (Muy contenta.) Me da vergüenza. (Aparte.) ¡Qué tonta! (Se vuelve de espaldas disimulando.)

JES. (Sale Paquito sin disimular la cojera.) Ven acá, hombre, y dime qué te pasa. (Aparte á él.) Disimula.

PAQ. No me importa, tía.

MAT. (Al oir la voz de Paquito, vuelve rápidamente la cabeza y se queda muy admirada mirándole.) ¡Eh!. .

JES. ¿Qué te pasa?

MAT. ¿Su sobrino?

JES. Sí, pero ..

PAQ. Yo le diré á usted lo que pasa. Esta señorita hace un momento que me ha echado de casa.

JES. ¡Matilde!

MAT. Sí, señora, es verdad; no sé qué inconveniencias me dijo que me exaltó; estoy hoy muy nerviosa y no sé lo que hago. ¿Pero

usted me dispensará? (Aparte.) ¿Quién es el otro? (Con extrañeza.)

JES. (Aparte á Paquito, regañándole.) ¿Lo ves? tú has tenido la culpa, á ver si lo arreglas.

PAQ. Pero si yo...

JES. Nada, ahí te dejo, pórtate bien. (Vase por la primera derecha.)

PAQ. Pero oígame usted, tía... (Vase detrás.)

ESCENA XIX

MATILDE, ROSA y CARLOS por el foro. Matilde está como anonadada en un sillón, y no ve entrar á nadie

ROSA (Entrando.) Señorito, usted va á conseguir ponerme en un compromiso.

CAR. (Viendo á Matilde.) ¡Chist! Calla, que está ahí, vete.

ROSA Bueno, pues sea lo que Dios quiera. (Vase.)

CAR. (Acercándose despacio.) ¡Matilde!

MAT. ¿Eh? (Levantándose.) ¿Usted? (Muy enojado.)

CAR. Sí, yo, que vengo á implorar tu perdón.

MAT. Su conducta es incalificable.

CAR. Yo te explicaré.

MAT. No merece usted ser oído.

CAR. A todo criminal se le deja defender.

MAT. Es que usted es más criminal que ninguno, puesto que por medio del engaño, y usurpando un nombre, ha pretendido apoderarse de mi voluntad y...

CAR. ¿Lo he conseguido?

MAT. ¡Oh! (Perdiendo energía.)

CAR. Responde.

MAT. No. (Secándose una lágrima con rabia.) No, márchese, y no se burle más... Rosa...

CAR. ¡Matilde mía! (Suplicante.)

ROSA ¡Señorito, señorito Carlos!

MAT. ¿Cómo, le conocías?

ROSA Sí, señora, como que yo he sido quien le ha hecho entrar

MAT. ¿Me engañabas tú también?

ROSA Sí, pero por su bien; no así los señores.

MAT. ¿Qué dices?

CAR. ¿Quieres tener fe en mí?

MAT. ¿Y cómo, si no sé quién es, y le he conocido engañándome?

CAR. Era necesario el engaño para salvarte, yo te lo demostraré.

MAT. ¿Cómo y de qué había de salvarme; corro yo algún peligro acaso?

CAR. Sí, pero ante todo voy á presentarme. Me llamo Carlos Mendoza, soy doctor en medicina, y mi casa, la tuya, es en la calle de Alcalá, número 21.

ROSA Sí, señorita, es verdad. (Procurando convencerla.)

CAR. Te vi, te seguí, me enteré donde vivías, y por más que he estado bastante tiempo frente á tu casa, no conseguí verte; pasaron muchos días, y entonces, como no podía apartar de mí tu preciosa imagen, y me era necesario hablarte, decidí escribirte pidiéndote una entrevista, lo cual verifiqué esta mañana. Cuando vine á que Rosa te diera mi carta, me informé por ella que hoy llegaba un sobrino de tus tutores, al que pretendían casar contigo aunque fuese en contra de tu voluntad.

MAT. (Se habrá sentado de espaldas á Carlos, é irá conmoviéndose poco á poco; esto se deja al talento de la actriz.) ¡Oh!

CAR. Esto me indignó, y no encontrando un medio de presentarme á tí, y que me recibieras para prevenirte y decirte además lo que te quiero, (Se va acercando progresivamente.) ideé tomar el nombre de mi odioso rival y con él describirte mi alma y ver si me correspondías; esto ya sabes que lo conseguí, ó al ménos tú me lo juraste. (Muy apasionado, la mira fijamente.) ¿O es que se te ha olvidado?

ROSA (Que cuando se ha puesto á hablar Carlos, se pondrá en acecho en la puerta por donde se marcharon tío y sobrino, viene precipitadamente y dice:) ¡Señoritos, que viene el tío!

MAT. (Reaccionando de pronto, se pone en pie.) ¡Ah!

CAR. No te asustes, yo le recibiré.

MAT. ¡No, no, por Dios, que me compromete, escóndase!

CAR. ¡Otra vez!
MAT. Sí, por favor, por mí...
CAR. ¿Pero me perdonas?
ROSA Que viene...
MAT. ¡Vamos, pronto, aquí, en mi cuarto!
CAR. No entro sin tu perdón.
MAT. ¡Dios mío! No sé, ya veré... (Muy azorada.)
CAR. ¡Matilde! (Suplicante.)
MAT. Bueno... sí...
CAR. ¡Oh, gracias! (Ella le empuja inmediatamente y lo encierra con llave en la primera izquierda. En seguida sale don Nicolás.)

ESCENA XX

MATILDE, DON NICOLAS y luego DOÑA JESUSA y PAQUITO

NIC. ¿Pero hoy no se come en esta casa? (Viendo á Matilde.) ¡Hola, niña!
MAT. (Muy áspera.) ¡Hola!
NIC. ¿Sabes dónde están esos?
MAT. Por ahí dentro. (Aparte.) Yo les enseñaré á no disponer de mí.
NIC. ¡Jesusa! ¡Jesusa! ¡Paquito!
JES. (Saliendo.) ¿Qué voces son esas?
NIC. ¿Pero no comemos?
JES. Sí, hombre, en seguida. (Aparte á Paquito.) Ahora que está distraída, vete al comedor para que no te vea andar.
PAQ. Voy. (Se marcha por el foro.)
JES. Niña, al comedor.
MAT. Ya iré en seguida. (Con ironía.)
JES. Bueno.
NIC. ¿Quieres mi brazo? (A Jesusa.)
JES. Quita de ahí, fantasmón.
NIC. Nada, que no puede uno sentirse fino con estas mujeres. (Vanse por el foro.)

ESCENA XXI

MATILDE y ROSA

ROSA (Saliendo por segunda izquierda.) ¿Se marchó ya?
MAT. No, voy á abrirle ahora.
ROSA Yo me marcho, no me llame la bruja.
MAT. ¡Rosa! (Regañándola.)
ROSA ¡Si es verdad, señorita!
MAT. Bueno, vé y dí que no como ahora porque me duele mucho la cabeza, y me he echado un rato.
ROSA Está bien, pero... ¿Se arreglaron ya?
MAT. Sí, mujer, sí, vete.
ROSA ¡Ay, qué alegría! (Vase.)

ESCENA XXII

MATILDE, DOÑA JESUSA y PAQUITO; CARLOS escondido

(Carlos da dos golpes en la puerta.)
MAT. Ya llama. (Se acerca.) Voy en seguida. ¡Calla! ¿Y la llave? (Busca encima del velador.) No está; pues si creo que la puse aquí.
CAR. ¿Pero no abres?
MAT. Si es que no encuentro la llave. ¿Pero dónde la he puesto?
CAR. Tendré que salir por el balcón.
MAT. A ver... aquí está. (La encuentra encima de una silla.) Gracias á Dios... Voy... (Se dirige á abrir y oye hablar á doña Jesusa.) ¡Ah!
JES. (Dentro.) Pero si no puede ser, si no me ha dicho que le dolía nada. (Entra, y Matilde ya se habrá echado en una butaca fingiéndose enferma.) ¿Cómo estás aquí? Pues si me había dicho Rosa que te habías acostado.
MAT. Sí, pero es tan fuerte el dolor, que no puedo estar en la cama.
JES. Qué cosa tan rara; si hace un momento no te dolía nada.
MAT. Pues ahora me duele.

JES. ¿Quieres que se llame al Médico?

MAT. No, si no será nada. (Muy impaciente.)

JES. A pesar de eso, parece que estás intranquila; deberías acostarte otra vez, yo te ayudaré. (Se dirige á su habitación.)

MAT. (Deteniéndola.) No... no... si no es necesario, si estoy mejor aquí... ¿Usted ve? ya se me ha pasado.

JES De todos modos.

MAT. He dicho que no, ni dos minutos podría estar; aquí estoy muy bien. (Se echa en el sofá y cierra los ojos.)

JES. (Aparte.) Me parece que llamo al médico; esta chica tiene una cosa rara. (Alto.) Si necesitas algo, llamas, que yo voy á dar un encargo á Nicolás.

MAT. Está bien.

JES (Va á salir y tropieza con Paquito que llega.) ¿Eh, dónde vas?

PAQ. A ver...

JES. ¡Chits!...

PAQ. ¿Qué pasa? (Bajo.)

JES. Que está ahí. (Matilde habrá abierto los ojos, y al ver que están hablando, hará un movimiento de impaciencia y los cerrará.)

PAQ. ¿Pero qué tiene?

JES. No lo sé, pero está muy intranquila y dice le duele la cabeza; ahora voy á decir á tu tío que busque al médico.

PAQ Pues entonces me quedo aquí.

JES. Bueno, y si ves que se alivia, le haces el amor.

PAQ Descuide usted. (Vase doña Jesusa.)

ESCENA XXIII

MATILDE, CARLOS escondido y PAQUITO

PAQ (Se va acercando sin hacer ruido hasta que se apoya en el respaldo del sofá donde está ella.) ¡Qué bonita! La verdad es que ella y ochenta mil duros... (Matilde hace un movimiento.) Parece que se mueve... ¡Matilde!... (Muy bajito.)

MAT. (Aparte.) ¿Qué querrá este memo?
PAQ. ¡Matildita!...
MAT. (Suspira.) ¡Ay!... ¿Quién? (Despertando.)
PAQ ¿Está usted mejor?
MAT. Regular nada más.. ¡Ay!
PAQ. En este momento va mi tío á buscar un médico.
MAT. (Aparte.) Con esto no contaba yo.
PAQ. ¿Le molesta que le hable?
MAT. No, señor. (Aparte.) No lo sabes muy bien.
PAQ. Porque tenía que decirle á usted unas cosas..
MAT. (Aparte.) ¡Dios mío, y el otro que estará oyendo!
PAQ ¿Se las digo?
MAT. (Se levanta rápida y va al balcón.) ¡Ay!...
PAQ. ¿Qué?... (Asustado.)
MAT. ¡Qué calor siento! (Abre el balcón.)
PAQ ¿Calor en Diciembre? (Aparte.) ¡Uf!... mala está... Si usted quiere la acompañaré á refrescar.
MAT. (Aparte.) Tú sí que estás fresco. (Alto.) Bueno.
PAQ Voy corriendo. (Tararea un vals y baila hasta aproximarse á ella.)
MAT. ¿Pero se ha vuelto usted loco?
PAQ No, es que ya se lo dije, mi afición á bailar.
MAT. (Aparte.) Este chico es memo.
PAQ ¿A usted no le gusta bailar?
MAT. Sí.
PAQ Pues me alegro, porque así nos pasaremos todo el día bailando. Es usted muy bonita. (Aparte.) Creo que me porto.
MAT. ¡Jesús, qué frío! (Cierra el balcón y se va al sofá.)
PAQ. (Aparte.) ¡Caramba! (Canta un galop y baila hasta el sofá.) Decía que era usted muy bonita, y además le digo que nos casaremos en seguida, y que aquí me tiene usted de rodillas. (Postura cómica.) hasta que me quiera, y... (Se oyen dos golpes en la habitación donde está Carlos.) ¿Eh... qué es eso, quién hay ahí?
MAT. ¡Jesús!
PAQ. ¿Quién es Jesús? (Levantándose.)
MAT. Quién ha de ser, nadie.
PAQ. Yo he oído golpes. (Suenan otros.) ¡Otros!...

MAT. Serán sin duda los chicos de arriba.

PAQ. Pues juraría que había sido en su habitación.

CAR. (Dentro, golpeando.) Y aquí es, granuja.

MAT. ¡Dios mío!

PAQ. ¿Tiene usted ahí un hombre?

CAR. Sí, un hombre que en cuanto salga te va á dejar cojo de la otra pata, para que no vuelvas á hacer el amor bailando.

PAQ A mí... tía... tía... que aquí hay un hombre. . ahora verá usted... (Se va corriendo sin disimular la cojera.)

CAR. Matilde, abre.

PAQ (Dentro gritando.) Que hay un hombre.

MAT. Me ha perdido usted. (A Carlos.)

CAR. Abre que quiero hacer un escarmiento.

MAT. No abro sin la promesa de que ha de escapar ahora que no hay nadie.

CAR. Por tí, prometido.

MAT. (Abre.) Márchese en seguida.

CAR. Bien, pero dime si me quieres.

MAT. Sí, mucho, vete...

CAR. Adiós, hasta muy pronto. (Vase.)

MAT ¡Respiro! (Se sienta fingiéndose enferma.)

ESCENA XXIV

MATILDE, en seguida DOÑA JESUSA y PAQUITO

JES. (Desde dentro.) Que no puede ser.

PAQ. (Entrando.) Sí, tía, que daba golpes, y hasta me dijo que me iba á romper la otra pierna.

MAT. (Aparte.) ¿Qué diré yo ahora?...

JES. Vamos á ver.

MAT. (Aparte.) ¡Ah, sí, me he salvado. (Al ver á Paquito da un grito, los otros se asustan.) ¡Ah!

JES. }
PAQ } ¿Eh?

MAT. Que no se acerque, que no se acerque.

JES. ¿Pero quién?

MAT. Ese, su sobrino.

JES. (Se separa de él.) ¿Qué dice?

MAT. ¡Ay, doña Jesusa! Corra usted, corra usted.

JES. Pero...

MAT. Sí, él mismo me lo ha dicho.

JES. ¿El qué?

MAT. Que le ha mordido un perro rabioso en una pierna y que de vez en cuando le dan accesos como de loco.

JES. ¡Ay!... (Corre.)

PAQ. Eso es falso. (Va hacia ella.)

JES. ¡Ay, no, no te acerques!

MAT. Sí, mire usted, yo le he visto; estábamos hablando tan tranquilos y de pronto sale corriendo gritando: ahí hay un hombre, yo le quiero morder, tía... tía...

PAQ. (Exasperado.) Eso es mentira; eso es para que usted no lo vea. Ahí hay un hombre. (Furioso.)

MAT. Que le vuelve.

JES. ¡Ay!...

PAQ. Yo le abriré para que se convenza. (Abre.) Salga usted. (Matilde estará conteniendo la risa y doña Jesusa se habrá puesto detrás de cualquier mueble, muy asustada.) Se ha escondido. (Entra.)

MAT. ¿Lo ve usted? (A doña Jesusa.)

PAQ. (Sale rabioso.) Se ha escapado.

MAT. Creo que se le va pasando.

JES. Pero...

MAT. Sí, ya nos podemos acercar.

PAQ. Como miente.

ESCENA XXV

MATILDE, DOÑA JESUSA, PAQUITO, DON NICOLÁS y CARLOS

NIC. Ya está aquí el médico, pase usted.

MAT. (Muy admirada.) ¡El!

NIC. Aquí tiene usted á la enferma. Matilde tengo el gusto de presentarte al doctor D. Carlos Mendoza.

MAT. Pero...

CAR. (Aparte, á Matilde.) Disimula.

NIC. El cual viene por una rara casualidad, como verás; yo subía sin haber encontrado á nuestro médico tan contrariado y distraído que

dí un porrazo á este caballero que bajaba de ver un enfermo; le pedí mil perdones y cambiamos las tarjetas, leí la suya y veo con alegría que es médico, y entonces le ruego me acompañe para que te vea, así es que ya puedes decir lo que te sucede.

JES. Pues en vez de un enfermo, va usted á ver dos.

CAR. ¿A dos? ¿Y el otro? (Interrogando con la vista á Matilde, que está muda de admiracion.)

JES. Mi sobrino.

NIC. ¿Qué tiene? ¡Pobrecito! (Le acaricia y le abraza hasta que doña Jesusa le dice que le ha mordido un perro rabioso, y se separa bruscamente.)

JES. Que dice Matilde que le ha mordido un perro rabioso, según confesión de él, y que tiene alucinaciones. (Muy asustada.)

PAQ. (Muy desesperado.) Eso no es verdad. (Todos retroceden asustados.)

CAR. No se altere, calma, mucha calma.

PAQ. Pero si no... (Se sienta.)

CAR. Silencio, empezaré por esta señorita, á ver el pulso.

MAT. (Aparte.) ¿Qué intentas?

CAR. (Aparte.) Calla y ayúdame. (Alto.) Este pulso está bastante alterado.

JES. }
NIC. } ¿Eh?

CAR. (A Matilde.) ¿Qué ha sentido usted?

MAT. Pues nada más que un dolor de cabeza muy grande.

CAR. (Con intención.) ¿Y en el corazón no ha notado usted nada?

MAT. Sí, he notado una cosa que no la había sentido nunca, pero no sabría explicarme...

JES. ¿Y cómo no has dicho nada?

MAT. Por no alarmar á ustedes.

NIC. ¿Pero eso es grave?

CAR. Es una enfermedad muy común en las jóvenes que, descuidándola, puede tener graves consecuencias.

JES. ¡Dios mío!

CAR. Pero, afortunadamente, hemos llegado á tiempo y no hay por qué temer.

JES. ¿Quiere usted recetar?

CAR. Sí; pero antes voy á ver á este joven. (Se acerca, y Paco, que está muy distraído, se asusta.) Caballero...

PAQ. ¿Eh?

JES. NIC. ¡Ay! (Gritando asustados.)

CAR. Deme usted la mano.

PAQ. Servidor de usted. (Le da la mano como para saludar.)

CAR. No, si es que me dé la mano para tomarle el pulso.

PAQ. ¡Pero si yo no estoy malo!

CAR. Sin embargo...

JES (Sin acercarse.) Obedece, hijo.

PAQ. Puesto que se empeñan...

CAR. (Tomándole el pulso) Usted hace muy poco que está en Madrid.

NIC. Desde esta mañana. (Aparte á doña Jesusa.) Este hombre es adivino.

CAR. Si continúa mucho tiempo aquí se muere irremisiblemente.

PAQ. Pero... (Asustado.)

JES ¡Dios mío!

CAR. Nada, nada; ya lo saben ustedes; pueden hacer lo que gusten.

JES ¡Jesús, cuánta desgracia! Pero ante todo es él. Nicolás, vé inmediatamente á arreglarle el equipaje, y en el primer tren que salga, que se vaya, y tú con él para acompañarle...

NIC. Para que me muerda... ¡quiá!

JES. Que yo en cuanto mejore Matilde iré á reunirme con vosotros.

MAT. Por mí, puede usted marchar ahora..

JES. ¿Qué dices, te quieres quedar sola?

MAT. No, puesto que me caso.

JES. ¿Estás loca?

MAT. No, no estoy loca; me caso con el doctor.

NIC. El dolor la trastorna, dispénsela usted, que no sabe lo que se dice.

CAR. No la contradigan que sería funesto.

JES. Pero...

CAR. No hay más remedio que hacer lo que quiere: me caso con ella.

NIC. ¡Ya está éste loco también!

CAR. Nada, estoy decidido, venga el consentimiento.

NIC. ¡Caramba! Hasta ahí podían llegar las cosas, eso sí que no.

JES. Sin duda usted no sabe, doctor, que Matilde está comprometida para casarse con nuestro sobrino.

NIC. Eso es, y se hará la boda en cuanto estén buenos los dos.

MAT. ¿Y quién ha dispuesto eso? (Sin disimular ya.)

JES. (Muy enfadada.) Nosotros, y si no quieres ya sabremos obligarte.

MAT. ¿Obligarme? Sin duda se les ha olvidado en las condiciones que están conmigo.

NIC. ¿Te rebelas?

MAT. No; sólo hago valer mis derechos.

JES. Pues, á pesar de eso, te casarás con él.

PAQ. No, tía, no; que yo no quiero mujeres que esconden á hombres en su habitación.

JES. (Muy exaltada.) Tú harás lo que yo quiera.

CAR. Basta, no hay que alterarse; ¿ustedes dicen que no dan el consentimiento para que Matilde se case conmigo.

JES. ¡Qué disparate! (Don Nicolás dice que no con la cabeza.)

CAR. Bueno, pues yo me encargo de que antes de media hora haya aquí un juez que lo dará sin duda.

NIC. No, por Dios; llévesela ahora mismo si quiere; consiento en todo. Yo tengo miedo á los jueces.

JES. Pero yo no consiento. (Furiosa.)

NIC. Tú te callas, alguna vez he de mandar yo. Consiento, con una condición.

CAR. }
MAT. } ¿Cuál?

NIC. Que este público benévolo,
á nosotros y al autor
aplauda, si le ha gustado
El sobrino del tutor.

TELON

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: UNA peseta